

La Iglesia - Parte 2 de 2

«Y [Cristo] es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; él, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia».
Colosenses 1:18

En la primera parte de nuestra reflexión sobre el tema «La Iglesia», que apareció en la edición del mes pasado de la revista La Revista El Alba, nos centramos en el significado bíblico de la palabra «iglesia», cómo surgió tras la Primera Venida de Jesús y los requisitos para convertirse en miembro. También analizamos qué significa «ser bautizado en Cristo», el simbolismo del bautismo en agua y la organización de la iglesia tal como se presenta en la Biblia.

En la edición de este mes, profundizaremos en este tema. Entre los temas importantes que se tratarán en las páginas siguientes se incluyen: el papel de los doce apóstoles y otros servidores de la iglesia; la misión de la iglesia; y las fases celestiales y terrenales del plan de Dios para la salvación de toda la humanidad del pecado y la muerte por medio de Cristo.

Los doce apóstoles

Según el designio divino, toda la iglesia, a partir del Pentecostés, debía ser servida por doce apóstoles designados por Dios. (Apocalipsis 21:10, 14; Efesios 2:19, 20). De acuerdo con esto, Jesús escogió a

doce personas para que lo acompañaran durante su ministerio, a fin de que pudieran recibir capacitación e instrucción personal de su parte. Estos fueron Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón y Judas. Mateo 10:2-4

Judas, como sabemos, se mostró infiel, y las Escrituras indican que Pablo fue elegido por el Señor para ocupar su lugar. En Hechos 1:23-26 se nos informa de un esfuerzo por parte de los once apóstoles restantes para elegir a alguien que ocupara el lugar de Judas. Se decidieron por Matías. Sin embargo, esta decisión se tomó antes de que recibieran el espíritu santo, y no hay evidencia de que el Señor haya aceptado su elección. El nombre de Matías no vuelve a aparecer después de esto.

La palabra apóstol [en griego: «apostolos»] significa «el que es enviado», un delegado o embajador del Evangelio. Desde este amplio punto de vista, todo cristiano es un apóstol, pues todos somos «embajadores de Cristo». (2 Corintios 5:20) De hecho, la palabra griega «apostolos» se utiliza en la Biblia refiriéndose a otras personas además de los doce apóstoles elegidos. (Juan 13:16; Filipenses 2:25) Sin embargo, esto no significa que ocuparan la misma posición elevada de autoridad en la iglesia que la otorgada por designación divina a aquellos especialmente elegidos por el Señor.

En Juan 17:12, Jesús se refiere a los doce apóstoles designados por Dios como aquellos que su Padre Celestial le había dado. Estos apóstoles especiales no se eligieron entre sí para el cargo, por lo que no tenían autoridad para elegir a Matías para ocupar el lugar de Judas. Así como el Señor había elegido a

los demás, también, en su propio tiempo y a su manera, tras la resurrección, eligió a Pablo y le otorgó autoridad como uno de los doce.

Los doce apóstoles eran más que simples predicadores del Evangelio. Fueron milagrosamente inspirados por el espíritu santo, lo que les permitió hablar y escribir el mensaje de la Santa Palabra de Dios con autoridad y precisión. Su palabra fue, y sigue siendo, un mensaje divino para todo cristiano. Es debido a esta posición de autoridad que ocupan en la organización de la iglesia que a la iglesia completa se le compara con una ciudad. Se muestra que esta ciudad simbólica tiene doce piedras fundamentales y en estas piedras están escritos los nombres de «los doce apóstoles del Cordero». Apocalipsis 21:14

Otros siervos

En Efesios 4:11, el apóstol Pablo nos informa que el Señor provió otros siervos en la iglesia. Además de los apóstoles, dispuso que hubiera profetas, evangelistas, pastores y maestros. Pedro se refiere a los escritores del Antiguo Testamento como los «santos profetas» de Dios. (2 Pedro 3:2) Estos escribieron «inspirados por el espíritu santo», por lo que el cristiano debe considerar su palabra, al igual que la de los apóstoles, como autoritativa. 2 Pedro 1:21

Sin embargo, cuando Pablo se refiere a los profetas como siervos en la iglesia, utiliza el término en un sentido mucho más amplio, aplicándolo a quienes exponen públicamente el Evangelio. (1 Corintios 12:28; Efesios 4:11; Hechos 11:27, 28; Hechos 15:32; Hechos 21:10, 11) Estos profetas,

evangelistas, pastores y maestros son todos servidores esenciales en la iglesia, pero no están inspirados como lo estaban los doce apóstoles, ni son designados de la misma manera milagrosa que los apóstoles.

La expresión del Nuevo Testamento «ordenaron... ancianos en cada iglesia», según el texto griego, «», se refiere más bien al «levantamiento de la mano», como en una votación. (Hechos 14:23) La implicación clara es que los servidores de menor rango de la iglesia, tanto los ancianos como los diáconos, debían ser elegidos por votación de la congregación a la que iban a servir.

El término bíblico «anciano», que también aparece en el versículo anterior, se aplica generalmente a los hombres que sirven a la iglesia en el ámbito espiritual. Un pastor, un maestro, un evangelista o un profeta, en su calidad de expositores públicos, entrarían dentro de la designación general de «anciano». La palabra griega «presbuteros», de la que se traduce en Hechos 14:23, significa «el que es maduro». En la iglesia, describiría a alguien reconocido por ser firme en la fe y espiritualmente maduro en experiencia.

La palabra «obispo» también se utiliza en el Nuevo Testamento y se aplica a los servidores varones elegidos por la iglesia. La palabra griega «episkopos», de la que se traduce, significa «superintendente» o «supervisor». Todos los ancianos son, propiamente hablando, según la oportunidad y la capacidad, supervisores en la iglesia. Es su deber velar por el rebaño de Dios y atender sus necesidades, particularmente en el ámbito espiritual. 1 Timoteo 3:1, 2; Tito 1:7

La palabra «el diácono» también aparece algunas veces en relación con la organización de la Iglesia primitiva. Es la traducción de una palabra griega, «diakonos», que significa «hacer recados» o «atender». Las Escrituras indican que los diáconos eran «hombres de buena reputación, llenos del espíritu santo y de sabiduría», designados para ayudar con los asuntos materiales de la iglesia. Los primeros en ser designados fueron los de la iglesia de Jerusalén. Hechos 6:2-4; 1 Timoteo 3:8-13

Los requisitos bíblicos para quienes pueden ser debidamente elegidos por una congregación para servir como ancianos, u obispos, y diáconos, son establecidos por Pablo en 1 Timoteo 3:1-13. En estos requisitos, la expresión «apto para enseñar» implica una comprensión adecuada de la Verdad del plan de Dios tal como se enseña en la Biblia. Cualquier grupo de creyentes consagrados, grande o pequeño, que cuente con hermanos que cumplan con estos requisitos, está autorizado por las Escrituras a elegirlos para estos ministerios. Cuando esto se hace, el Señor reconoce estos nombramientos.

Las Escrituras dejan claro que ningún grupo de cristianos necesita recurrir a una iglesia matriz para obtener la autoridad para elegir siervos, celebrar reuniones y llevar adelante la obra del Señor. Del mismo modo, las congregaciones no necesitan ser grandes para ejercer su libertad en este sentido. El relato bíblico indica que muchas de las iglesias, o grupos de cristianos, en los tiempos apostólicos se organizaban en los hogares de los creyentes y celebraban sus reuniones regulares en esos hogares. (Romanos 16:5; 1 Corintios 16:19;

Colosenses 4:15). Lo mismo se hace hoy en día. Ahora, como en el pasado, el Señor bendice abundantemente a quienes encuentran a otros con quienes pueden cooperar como grupo —o, en el sentido bíblico, como iglesia—. Estos pueden elegir a sus propios servidores mediante el sencillo método de extender la mano. No se necesita un registro de miembros, ni las Escrituras lo autorizan.

No hay mucha información en la Biblia que indique la naturaleza de las reuniones que celebraban los diversos grupos de la Iglesia primitiva. Sin duda, los apóstoles y otros, en ocasiones, pronunciaban discursos. Sin embargo, se pueden celebrar reuniones provechosas aunque no haya nadie calificado para predicar un sermón. Las reuniones para el estudio bíblico de la Biblia, tanto temático como contextual, en las que todos los presentes tienen la oportunidad de expresar sus pensamientos y hacer preguntas, son muy útiles. Un anciano, si se ha elegido a uno, debe encargarse de mantener el orden durante el estudio. Las reuniones de oración, alabanza y testimonio también son espiritualmente provechosas para quienes se esfuerzan seriamente por conocer y hacer la voluntad de Dios.

La misión de la iglesia

La misión actual de la iglesia es triple. En primer lugar, consiste en el perfeccionamiento [griego: equipamiento completo] de los santos para una futura obra de servicio. (Efesios 4:12, 13) En segundo lugar, consiste en desarrollar en cada miembro los frutos y las virtudes del carácter cristiano. (Gálatas 5:22, 23; 2 Pedro 1:5-8) En tercer lugar, consiste en ser testigo de Dios ante el mundo

acerca del reino de bendiciones de Cristo, que ya está tan cerca. Mateo 24:14

En la primera parte de nuestro análisis de este tema, destacamos estas palabras de Jesús a Pedro: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia». (Mateo 16:18) Lo que se «edifica» a su debido tiempo llega a su culminación. No es el designio de Dios que la «edificación» de la iglesia continúe para siempre. Por lo tanto, no se trata de que todos los que alguna vez obtengan la salvación por medio de Cristo se conviertan en miembros de la iglesia. El significado mismo de la palabra iglesia [en griego: «ekklesia»] es «una llamada para salir», y esto se opone al concepto del propósito de Dios en la actualidad. La iglesia está siendo «llamada a salir» del mundo. (1 Corintios 1:26; 1 Pedro 2:9) Será «poca» en número, un «pequeño rebaño». (Mateo 7:13, 14; Mateo 22:14; Lucas 12:32) No es el plan de Dios convertir al mundo en general hasta la llegada de su reino prometido. Mateo 6:10

«Tú eres el Cristo», testificó Pedro, «el Hijo del Dios viviente». (Mateo 16:16) Esta expresión identificaba a Jesús con las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento e indicaba que Pedro reconoció correctamente en Jesús a aquel a quien Dios había enviado para cumplir esas promesas. Para ver con claridad el propósito divino completo a través de la iglesia, es esencial tener en cuenta las promesas del Antiguo Testamento relativas a Cristo; pues la iglesia ha sido llamada a salir del mundo para asociarse con él en el cumplimiento de esas promesas. Dios le dijo a Abraham: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra». (Génesis 22:18) En Gálatas 3:16, Pablo

nos informa que esta «descendencia» de la promesa es Cristo. El apóstol nos brinda información adicional sobre la descendencia de la promesa. En Gálatas 3:27 y 29 leemos: «Todos los que se han bautizado en Cristo, se han revestido de Cristo. ... Y si son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham y herederos según la promesa». He aquí una prueba inequívoca de que aquellos que, mediante la consagración total a hacer la voluntad de Dios, se convierten en miembros de la iglesia — que es el cuerpo de Cristo— y son fieles hasta la muerte, formarán parte de la «descendencia» prometida a través de la cual todas las personas serán bendecidas. Apocalipsis 2:10

El establecimiento de la iglesia no es la culminación del propósito de Dios para con los hijos de los hombres. Es solo el comienzo de su plan para bendecir a la humanidad. En Santiago 1:18 se nos dice que la iglesia es una «especie de primer fruto» de las criaturas de Dios. Esta expresión también se usa en Apocalipsis 14:4, y se aplica a aquellos que están asociados en el cielo con Cristo Jesús, el «Cordero», en el simbólico Monte Sion, la fase celestial del reino de Dios. Apocalipsis 14:1; Hebreos 12:22, 23

En el capítulo 15 de 1 Corintios, Pablo señaló muy claramente que la esperanza de vida, tanto para la iglesia como para el mundo, depende de la resurrección de los muertos. Si no hay resurrección de los muertos, argumentó, «entonces también los que se han dormido en Cristo han perecido». (1 Corintios 15:18) Sin embargo, nos dio la seguridad de la resurrección y la oportunidad para que todos alcancen la vida eterna, diciendo: «Así como en

Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». 1 Corintios 15:22

Luego, Pablo muestra que habrá un orden definido, o secuencia, en la resurrección. «Cada uno en su propio orden: Cristo, los primeros frutos; después, los que son de Cristo, en su venida». (1 Corintios 15:23) Los «primeros frutos» a los que se hace referencia son la iglesia. Siguiendo con esto, una traducción más adecuada del texto griego sería: «Después, aquellos [todos los que no forman parte de la iglesia, en su propio orden] que se hagan de Cristo durante su presencia». La palabra «venida» en este versículo se traduce de la palabra griega «Parousia», que significa «presencia». Se trata de una referencia a los mil años del reino de Cristo, cuando él y su iglesia reinarán con el propósito de destruir el pecado y la muerte, y de dar a toda la humanidad la oportunidad de aceptar el regalo de la vida que ofrece su sangre derramada.

La declaración posterior de Pablo, que sigue inmediatamente después, es clara: «Entonces vendrá el fin, cuando él haya entregado el reino a Dios, es decir, al Padre; cuando haya destruido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Porque él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». (1 Corintios 15:24-26) Este es el gran y supremo propósito de Dios que se cumplirá por medio de Cristo y de la iglesia: la bendición « » que llegará a toda la humanidad cuando se haya completado la edificación de la iglesia.

Lo celestial y lo terrenal

En su enseñanza sobre la resurrección, Pablo revela que algunos recibirán cuerpos celestiales y otros, cuerpos humanos o terrenales; el factor determinante en cada caso es el tipo de «semilla» o «grano desnudo» que se siembra. (1 Corintios 15:37, 38) El «eso» o «grano desnudo» al que se refiere Pablo es simplemente la identidad, el conjunto de los pensamientos y el carácter de una persona a lo largo de su vida.

Aquellos que están plenamente consagrados a hacer la voluntad de Dios y son sepultados con Cristo en una muerte sacrificial, recibirán un cuerpo «celestial» o celestial al momento de la resurrección. (1 Corintios 15:40) Esto depende de que caminen en «novedad de vida» durante los años que les quedan de su actual vida terrenal. (Romanos 6:4) Durante su peregrinaje terrenal aprenden a poner su «afecto en las cosas de arriba»; sus esperanzas son celestiales; por medio de la fe moran simbólicamente junto con Cristo «en los lugares celestiales». (Colosenses 3:2; Efesios 1:3) Así, mientras aún están en la carne, «siembran» caracteres espirituales. En la resurrección, estos reciben una recompensa celestial.

Sin embargo, la mayoría de las personas no están interesadas en las cosas espirituales. Esto no significa que sean necesariamente malvadas. La mayoría de ellas no lo son. Aman las cosas buenas de la tierra porque fueron creadas como seres humanos, seres terrenales, y Dios no las condena por no aspirar a las cosas celestiales. Está en la propia naturaleza de las cosas que estas, al morir, «siembren» un carácter terrenal y, como resultado,

resuciten de entre los muertos como seres humanos, con «cuerpos terrenales». 1 Corintios 15:40

Hablando de la resurrección de la iglesia, descrita más adelante en Apocalipsis 20:6 como la «primera resurrección», Pablo explicó: «Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción; se siembra en deshonra; se resucita en gloria; se siembra en debilidad; se resucita en poder; se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual». 1 Corintios 15:42-44

A esto Pablo agrega: «Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual». (1 Corintios 15:44) En otras palabras, quiere que entendamos que, al describir el cambio de naturaleza que experimentarán quienes participen en la «primera resurrección», no está dando a entender que estos sean los únicos que resucitarán de entre los muertos, pues toda la humanidad será rescatada de la muerte; solo que ellos recibirán cuerpos naturales, terrenales y humanos.

Pablo continúa su enseñanza diciendo: «El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es el Señor, del cielo. Así como es el terrenal [aquellos que mueren con esperanzas y deseos humanos], así son también los terrenales [en la resurrección]; y así como es el celestial [aquellos que ahora ponen su afecto en las cosas celestiales], así son también los celestiales [en la resurrección]». 1 Corintios 15:47, 48

Pablo concluyó esta lección sobre la resurrección diciendo: «Lo corruptible debe revestirse de incorrupción, y lo mortal debe revestirse de la

inmortalidad. Así que, cuando lo corruptible se haya revestido de incorrupción, y lo mortal se haya revestido de la inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sido devorada por la victoria. ¡Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón ? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» 1 Corintios 15:53-55

Así, en pocas palabras, Pablo presenta tanto la esperanza de la iglesia como la esperanza del mundo. La esperanza de la resurrección de la iglesia es «gloria, honor e inmortalidad». (Romanos 2:7) Ningún ser humano posee la inmortalidad por naturaleza. Es una recompensa que se otorgará a quienes sigan fielmente las huellas de Cristo hasta la muerte. En Apocalipsis 2:10 leemos: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

El llamado y la preparación de estos para el cumplimiento de esta gloriosa esperanza en la primera resurrección han sido obra de Dios por medio del espíritu santo durante la era actual, desde el Pentecostés. Pablo explica, sin embargo, que cuando esto se cumpla, y el último miembro de la iglesia, o «cuerpo», de Cristo haya entrado en la gloria, entonces será el momento del cumplimiento de aquellas gloriosas promesas del Antiguo Testamento relativas a la destrucción de la muerte: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está tu victoria, muerte?» 1 Corintios 15:55; Isaías 25:8; Oseas 13:14

Pablo, al citar a Isaías y Oseas, nos asegura el propósito divino de destruir al gran enemigo del hombre, la muerte, y la tumba. La palabra «tumba», tal como se usa en Oseas 13:14, es una traducción de la palabra hebrea «sheol», y es el equivalente de

la palabra griega «hades» en el Nuevo Testamento. Estas palabras se traducen tanto como «tumba» como «infierno» en diversos pasajes; sin embargo, el significado que denotan, particularmente la palabra «tumba», se refiere simplemente al estado de muerte o al olvido, no a un lugar literal de tormento. (Eclesiastés 9:10; Salmo 115:17; Hechos 2:31) Así, comprendemos el propósito divino para con la humanidad al que se refirió Jesús cuando dijo que las «puertas del infierno» —la tumba, la muerte— no prevalecerían contra la iglesia. Mateo 16:18

¡Qué maravillosa seguridad! A lo largo del reinado del pecado y la muerte, el infierno —la tumba o sepulcro— ha seguido cobrándose víctimas, pero en Apocalipsis 1:18 Jesús nos dice que él tiene las «llaves» del infierno. Adquirió estas llaves, el derecho a abrir las puertas del infierno, mediante su propia muerte como el redentor del hombre. Cuando su iglesia esté completamente edificada, se unirá a él para otorgar las bendiciones prometidas de vida a toda la humanidad.

El hecho de que, mientras tanto, tantos millones sigan yendo a la muerte, al infierno bíblico, no los privará de estas bendiciones. Las puertas del infierno no prevalecieron contra Cristo; no prevalecerán contra su iglesia; no prevalecerán contra el resto del mundo; y no prevalecerán contra Adán y todos los que han muerto desde Adán. ¡Por poder divino, estas puertas se abrirán de par en par, y todos los prisioneros de la muerte serán liberados! Isaías 42:7; Isaías 49:9; Isaías 61:1; Lucas 4:18

Esta, pues, será la obra futura de la iglesia. ¡Qué obra tan gloriosa será! Qué gran incentivo debería

ser ahora para demostrarnos fieles al Señor. No hay mayor paz ni alegría que alguien pueda experimentar que la que resulta de estar en armonía con el Padre Celestial y de vivir una vida de plena devoción a él. Es cierto que hay pruebas, pero como nos recuerda Pablo, estas son en realidad «aflicciones ligeras» que duran «solo un momento», en comparación con el «peso eterno de la gloria» que el Señor ha prometido. 2 Corintios 4:17, 18

Es un privilegio bendito ser contado entre los «llamados», la iglesia, en este momento. Sin duda, Dios está bendiciendo a su pueblo, especialmente al revelar las bellezas de su plan de salvación. Cuán agradecidos estamos de que, a través de Cristo y su iglesia, el mundo entero tenga la oportunidad de regocijarse en las bendiciones que el Señor ha diseñado para ellos —bendiciones de la restauración, como las describió Pedro—: «las cuales Dios ha anunciado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo». Hechos 3:21

En vista del armonioso y amoroso plan de salvación de Dios tanto para la iglesia como para el mundo, a través del cual ya se nos han revelado algunas de sus bellezas en su Palabra, podemos comprender muy bien y hacernos eco de los sentimientos del gran apóstol Pablo cuando escribió: «¡Oh, cuán grandes son las riquezas, la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán imposibles son para nosotros de comprender sus decisiones y sus caminos! Porque ¿quién puede conocer los pensamientos del Señor? ¿Quién sabe lo suficiente como para aconsejarle? ¿Y quién le ha dado tanto que tenga que devolverlo? Porque todo proviene de

él, existe por su poder y está destinado a su gloria.
¡Toda la gloria sea para él por siempre! Amén».
Romanos 11:33-36